

XVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Trabajemos con gran ilusión en la viña del Señor.

Meditación de MC. 6, 7-11. 30-34 y de JN. 6, 1-15.

Meditación de MC. 6, 7-11. 30-34.

Estimados hermanos y amigos:

Hoy empezamos a meditar el capítulo seis del Evangelio de San Juan. Nuestra reflexión se prolongará durante los próximos cuatro Domingos, durante los que intentaremos constatar cómo Jesús sirve a Nuestro Santo Padre cubriendo las necesidades espirituales y materiales de sus seguidores, y cómo nos insta a imitarlo, siguiendo el gran ejemplo que nos dejó, por medio de sus discursos, obras de amor y oraciones fervorosas.

1. ¿Debemos los cristianos servir a Dios con la esperanza de obtener ganancias por ello?

Recordemos la humildad que Jesús les exigió a los Apóstoles, pues, a la hora de imitar a Nuestro Maestro, en vez de buscar la forma de destacar como líderes poderosos, debían ser reconocidos por la forma en que servían a los pobres, enfermos, ancianos y solitarios.

"Después llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos" (MC. 6, 7).

Si los Apóstoles marchaban solos a predicar, no tendrían ninguna protección, ni cuando fueran maltratados por quienes los rechazaran, ni cuando el desánimo se apoderara de ellos, pero, si iban de dos en dos, además de brindarse protección, podían cumplir el siguiente precepto legal:

"No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquiera ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación" (DT. 19, 15).

La autoridad que los Apóstoles recibieron sobre los espíritus inmundos, significa que, conforme más aumentaran su fe, y se formaran mejor en el conocimiento del designio divino, estarían más capacitados para vencer las fuerzas del mal, y cristianizar a quienes más se negaran a aceptar a Nuestro Padre común.

"Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas" (MC. 6, 8-9).

Teniendo en cuenta que Jesús envió a sus amigos a que llevaran a cabo una misión que se prolongó durante poco tiempo, los tales no debían ampararse en las seguridades humanas que caracterizan a quienes viajan, pues debían confiarse a la misericordia de Dios, y a la hospitalidad de quienes acogieran el mensaje que les predicaban.

Los predicadores de la Palabra de Dios, independientemente del rango que tengan en las diversas denominaciones a que pertenecen, si siguen al pie de la letra las instrucciones de Jesús, deben vivir de la predicación si se dedican a ello, pero no deben desear tener una posición superior a la de quienes les anuncian la Palabra de Dios, pues, como veremos seguidamente, deben unirse a sus oyentes, y convivir con ellos para que los tales aprendan a ser buenos cristianos siguiendo su buen ejemplo, tal como hizo Jesús con sus Apóstoles.

Los Apóstoles no debían preocuparse nada más que de cumplir las instrucciones de Jesús y vivir de la misericordia de Dios y la caridad de sus oyentes. Recordemos que ello era posible que se hiciera porque, según la Biblia, el pueblo hebreo destacaba por su hospitalidad.

"Y les dijo: Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí, y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra, que para aquella ciudad" (MC. 6, 10-11).

Los Apóstoles no debían buscar la vivienda en que mejor les atendieran en cada pueblo o ciudad en que se hospedaran para predicar el Evangelio, pues debían procurar ser acogidos por gente de buena reputación, y mantenerse en la misma

vivienda, hasta que terminara su actividad evangelizadora, y se marcharan a otro lugar, pues no fueron enviados a buscar riqueza, poder y prestigio para sí mismos, sino para predicar el perdón de los pecados.

2. Revisemos nuestra actividad en la viña del Señor, y dejemos que Jesús nos acompañe en el desierto de nuestros padecimientos.

"Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. El les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer" (MC. 6, 30-31).

Jesús programó un retiro espiritual para analizar la actividad llevada a cabo por sus amigos, para motivarlos a servir más y mejor a Dios, y, tal como recordamos en el estudio que os envié el Domingo XV Ordinario, para intentar superar la cruel muerte de Juan el Bautista.

Es curioso constatar cómo Jesús se llevó a sus amigos a un lugar desierto, pues los hebreos, por cuestión de seguridad, intentaban vivir en lugares poblados. Jesús se llevó a sus amigos al desierto, porque ellos eran la simiente -o semilla- del mundo nuevo, del Reino cuya plena instauración aguardamos con el corazón rebosante de fe viva. Recordemos cómo Moisés llegó a Madián atravesando el desierto después de asesinar a un capataz egipcio, cómo Elías fue consolado por

Dios en el desierto, y cómo el Mesías superó su triple tentación también en el desierto.

Nosotros también experimentamos el desierto en nuestra vida, cuando escasea el dinero y no encontramos trabajo, enfermamos, nos sentimos desamparados...

Aprovechemos nuestra vivencia del desierto para fortalecer la fe que tenemos, en el Dios que jamás nos desampará, pues, Nuestro Santo Padre, nos dice las siguientes palabras, que Moisés le dijo a Josué:

"Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desampará" (DT. 31, 8).

3. ¿Somos buenos servidores del Señor?

Jesús y sus amigos necesitaban descansar, porque la gente les hacía agotar todas sus fuerzas en su servicio.

¿Saben nuestros familiares y amigos que pueden recurrir a nosotros para que les fortalezcamos cuando necesiten ser consolados?

¿Saben quienes viven en nuestro entorno que somos cristianos, y que pueden contar con nuestra ayuda en muchos aspectos?

4. Ejercitémonos en la práctica constante de la oración.

"Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto" (MC. 6, 32).

¿Nos aislamos del mundo y nos unimos al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por medio de la oración?

¿Hemos aprendido que tenemos que buscar el tiempo que necesitamos para fortalecer la fe que nos caracteriza, con tal de poder iluminar las dificultades a que tenemos que sobrevivir, para que las tales no nos impidan creer en Dios, y con ello desaparezca nuestra identidad de cristianos?

¿Hemos aprendido que el desierto al que nos conduce Jesús no es otro que el de nuestra vida?

¿Creemos que mediante el estudio de la Palabra de Dios y la práctica constante de la oración podemos ver nuestros problemas tal como los ve Dios, y por ello encontraremos la forma de solucionarlos o de sobrellevarlos durante mucho tiempo, si ello contribuye a nuestra purificación y santificación?

5. ¿Se nos conoce en el medio en que vivimos por la forma de hacer el bien que nos caracteriza?

"Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él" (MC. 6, 33).

¿Le confiamos nuestra vida al Señor plenamente?

Dado que los seguidores de Jesús llegaron al lugar en que el Señor pensó retirarse con sus amigos antes que el Mesías y sus compañeros, quizá pensamos

que Jesús debería haber caminado junto a sus seguidores, pero el prefirió ir a aquel lugar navegando con los Doce, para así poder hablar con ellos, instarlos a ser buenos servidores, y consolarlos, porque, como sabemos, algunos de ellos, habían sido discípulos de San Juan el Bautista.

Recordemos que los hebreos, cuando salieron de Egipto, pasaron cuarenta años en el desierto, porque necesitaban ese tiempo para purificarse, y entrar en la tierra prometida. Nosotros no comprendemos perfectamente cómo actúa el Señor en nuestra vida, pero, dado que sabemos que todo lo que hace repercute en nuestro beneficio, aunque a veces no nos percatamos de ello, debemos confiar plenamente en El.

La multitud conoció a Jesús, calculó dónde iba a reunirse con sus amigos, y fue a buscar al Señor. He aquí otra oportunidad que se nos ofrece, para pensar sobre la calidad y calidez, que tiene nuestra actividad, en la viña del Señor.

6. Seamos compasivos, a imitación de Jesús.

"Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas" (MC. 6, 34).

Jesús tuvo compasión de la multitud. Ello significa que el Señor compartió el padecimiento de sus seguidores, porque estaban desorientados dado que no

recibían ningún tipo de consuelo por parte de los saduceos ni de los fariseos, y vagaban como ovejas sin pastor, -es decir, no tenían el apoyo moral de ningún líder religioso ni político, que comprendiera su situación, y se prestara a proporcionarles alivio alguno-.

¿Cómo es nuestro servicio a quienes sufren por cualquier causa?

¿Somos capaces de compartir la alegría de quienes son felices y de llorar con quienes sufren inmensamente?

Ciertamente, los problemas deben ser solucionados, pero, quienes sufren, necesitan amor, comprensión y aceptación. De aquí surge la necesidad de llorar con los que lloran, si ello alivia los síntomas de su tristeza.

7. Jesús nos pide que prediquemos el Evangelio.

Antes de alimentar a la multitud, Jesús empezó a enseñarles muchas cosas. Es fácil percatarnos de que hay muchos millones de personas pasando hambre en el mundo, pero no es tan fácil darnos cuenta de la desorientación que padece mucha gente, porque no ha depositado su confianza en Dios, en unos casos, porque no saben que existe, y, en otros, porque, el comportamiento de muchos creyentes, no hace suponer que dios sea, precisamente, un Padre bueno y confiable.

8. Jesús nos sana las heridas del alma.

San Mateo completa la información que nos da San Marcos en el texto que estamos considerando, en los siguientes términos:

"Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos" (MT. 14, 14).

¿Sentimos cómo nos sana Jesús cuando oramos, haciéndonos más soportables las tribulaciones que vivimos?

Meditación de JN. 6, 1-15.

1. Permanezcamos unidos a Jesús.

"Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias" (JN. 6, 1).

Jesús fue rechazado por sus opositores en Jerusalén, -según constatamos esta realidad en el capítulo cinco del cuarto Evangelio-, y multiplicó el pan y predicó su discurso eucarístico en Galilea, permaneciendo apartado de sus enemigos, teniendo junto a Sí a quienes no estaban de acuerdo con el orden establecido por los saduceos y fariseos. Este hecho me sugiere el pensamiento de que Jesús nos insta a conocer el Evangelio, para que así podamos cumplir la voluntad de Nuestro Santo Padre, no adoptando los elementos de nuestra religión que nos interesan, sino convirtiéndonos en excelentes imitadores del Mesías.

2. ¿Por qué creemos en Jesús?

"Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos" (JN. 6, 2).

La gente buscaba a Jesús porque quería ser beneficiada, y el Señor se valía de las necesidades de la multitud, para predicarles el Evangelio a sus oyentes, antes de concederles lo que querían. También nosotros debemos pensar si creemos en Dios porque le amamos, porque no concebimos nuestra vida sin El al habernos acostumbrado a sentir su presencia, o porque queremos que resuelva los problemas que tenemos, para olvidarnos de El, una vez hayamos conseguido lo que deseamos.

3. La Pascua de Jesús y la pascua de los judíos.

"Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos" (JN. 6, 3-4).

San Juan habla en su Evangelio de la pascua de los judíos. Tales judíos no eran todos los hermanos de raza de Jesús, sino los opositores del Mesías, quienes adaptaron la religiosidad a la consecución de sus intereses personales, sin importarles el padecimiento que les causaron a quienes no pertenecían a su status social, y por ello eran marginados, hasta el punto de no ser considerados dignos, de ser receptores de la Palabra de Dios.

Para nosotros, la Pascua de Jesús, es la Resurrección del Señor, el paso del Salvador de la humanidad por nuestra vida. Jesús les hablaba a las multitudes, pero sus mensajes iban dirigidos a todos sus oyentes individualmente.

Aprovechemos el paso de Jesús por nuestra vida que conocemos por medio del estudio de su Palabra, la práctica de la oración, las celebraciones litúrgicas y la predicación de quienes son llamados a trabajar por la santificación de las almas, para crecer espiritualmente, y evangelizar a quienes viven en nuestro entorno, y estén dispuestos a aceptar a Nuestro Dios y Padre.

4. ¿Ejercitamos la caridad con quienes necesitan dádivas espirituales y/o materiales?

"Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco.

Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?" (JN. 6, 5-9).

Jesús nos pone a prueba, tal como también lo hizo con Felipe, cuando, en nuestro entorno, y a través de los medios de comunicación a que tenemos acceso, nos da a conocer la miseria, que padece la mayor parte de la humanidad.

Tanto Felipe como Andrés, estuvieron de acuerdo en que les era imposible saciar el hambre de la multitud.

Veamos cómo describe San Lucas en su primera obra, la cita evangélica, que estamos considerando:

"Pero el día comenzaba a declinar; y acercándose los doce, le dijeron: Despide a la gente, para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y se alojen y encuentren alimentos; porque aquí estamos en lugar desierto. El les dijo: Dadles vosotros de comer. Y dijeron ellos: No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta multitud" (LC. 9, 12-13).

Cuando Jesús les pidió a sus amigos que alimentaran a la multitud, ellos le contestaron que carecían de medios para ello, por lo que era conveniente que la gente buscara alimentos por su propio medio. Esto es lo que sucede cuando nos surge la oportunidad de ayudar a quienes tienen carencias espirituales y materiales, unas veces porque no queremos hacerlo, y otras por carecer de medios, son

muchos los millones de personas, que viven desatendidas, y sin esperanza alguna, de que su situación mejore.

Jesús sabía que sus compañeros carecían de comida para alimentar a la multitud, y, aun así, los presionó para que cumplieran con el trascendental deber de su raza, de alimentar a sus seguidores. Nosotros también somos interpelados por la Palabra de Dios a hacer el bien, en cada ocasión que tenemos la oportunidad de dar un donativo, llamar por teléfono a algún enfermo, enviarle un e-mail a alguien que sabemos que vive aislado... El hecho de que no podemos extinguir el sufrimiento del mundo totalmente, no nos autoriza a desentendernos de quienes necesitan de nuestras dádivas espirituales y materiales, para alegrarse de tener la oportunidad de vivir sin ser despreciados.

5. La bendición divina y el milagro de compartir los bienes.

"Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido" (JN. 6, 10-13).

Si entre todos quisiéramos alimentar a quienes carecen de comida, no nos sería necesario empobrecernos para lograr nuestro propósito, y si quisiéramos vivir en un mundo de hermanos, más que los bienes materiales, tendría que importarnos el hecho de amar y ser amados.

6. No pretendamos utilizar a Jesús para que nos conceda lo que deseamos, para olvidarnos de El después de ver cumplidos nuestros deseos.

"Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo" (JN. 6, 14-15).

La multitud quiso hacer de Jesús su rey, para asegurarse la consecución de lo que deseaban. No es negativo el hecho de que queramos que Dios nos ayude a ver cumplidos nuestros deseos, pero sí lo es la intención de que cumpla nuestras aspiraciones, sin que correspondamos a su amor.

¿Comprendemos lo que significa la entrega de Jesús a sus fieles seguidores, y que tenemos la dicha de imitar la conducta de Nuestro Salvador?

José Portillo Pérez

joseportilloperez@gmail.com

